

# J. J. ROUSSEAU

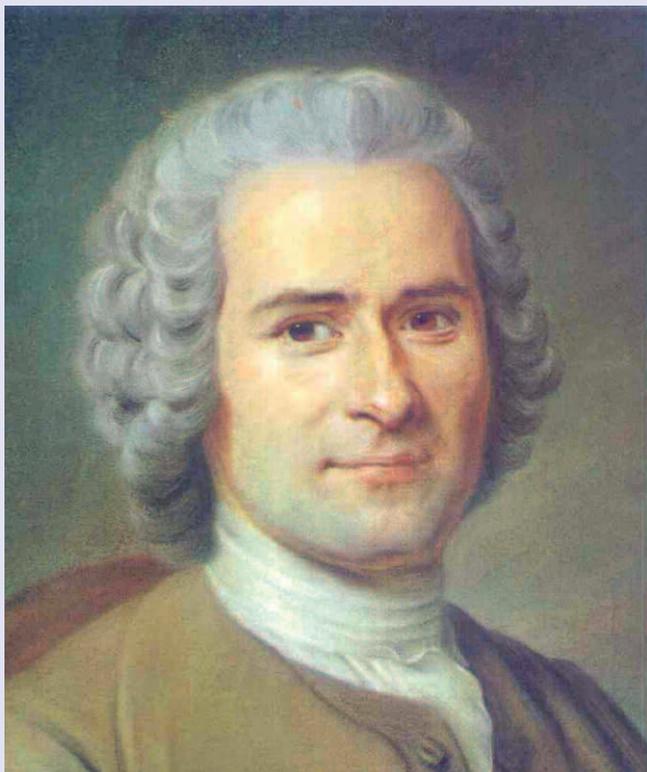
## EL PASEANTE SOLITARIO QUE SOÑABA LA LIBERTAD

JOSÉ ANTONIO FREIJO CALZADA

Miembro de los Seminarios Didácticos del Colegio Profesional de Filósofos

*El pasado 28 de junio se cumplieron trescientos años del nacimiento de Juan Jacobo Rousseau (1712-1778), cuya obra sigue recibiendo atención e interés en los más diversos ámbitos de nuestra cultura. Se le considera inspirador de la Revolución francesa, del Romanticismo y de la Declaración de los Derechos del Hombre y los Ciudadanos. La Filosofía, la Pedagogía y la Política conservan claras huellas de sus originales aportaciones.*

En realidad, basta teclear su nombre en la pantalla de nuestro ordenador para que aparezcan decenas de biografías del autor, generalmente deudoras entre sí o de otras fuentes más reservadas. En ellas se suelen destacar los aspectos menos convencionales: huérfano de madre al nacer, autodidacta, conversión a la iglesia católica y reconversión a la protestante, envío de sus cinco hijos al hospicio, reconocimiento público a partir de sus dos célebres discursos, invitado a participar en la Enciclopedia, enemistado con sus compañeros ilustrados y



*Rousseau aportó tesis enjuiciadas y debatidas desde muy diferentes vertientes.*

finalmente abandonado por casi todos sus contemporáneos tanto las autoridades eclesiásticas y civiles como sus propios conciudadanos de Ginebra. Ni siquiera pudo mantener la amistad de Hume que le había ofrecido su hospitalidad ante tantos enemigos.

Pero estos datos sombríos y sesgados pierden todo interés cuando abordamos la lectura de sus obras. J. J. Rousseau es, sin duda, uno de los escritores que poseen el don de la seducción. Y que seducen a lectores de muy distinto signo gremial: filósofos (Kant releía con frecuencia *El Emílio*), sociólogos, sicólogos... y también a diletantes más o menos cultos. De ahí el reconocimiento que ha venido recibiendo desde los más variados campos de la cultura, bien para suscribir sus teorías o, con mayor frecuencia, para matizarlas o contradecirlas.

Sus recursos son manifiestos: La belleza literaria (que se disfruta incluso en nuestro idioma), el interés de los temas abordados (subrayado ya en los propios títulos, v. c. «origen y fundamento de la desigualdad») y la libertad y sinceridad con que se permite exponer sus planteamientos (al precio asumido de la general enemistad). A todo ello hay que añadir las constantes observaciones y matices con que intenta precisar sus tesis más difundidas y estudiadas. Son precisamente estas reflexiones espontáneas y apenas atendidas las que enriquecen nuestra experiencia y nos dejan un sentimiento de deuda hacia el autor. De ellas debemos concluir que los grandes tópicos que se le atribuyen: *el hombre es bueno por naturaleza, pero la educación lo pervierte; ha nacido libre y vive encadenado; la propiedad es el origen de los males...* son en realidad tesis de enorme interés y actualidad pero que deben ser debatidas y enjuiciadas desde muy distintas vertientes sin convertirse nunca en definitivas. Más que doctrinas a defender son pretextos para plantear los grandes problemas sociales y económicos y revisar y disminuir las injusticias que toda sociedad intenta mantener.

### Las ciencias proceden de los vicios

Su condición de ilustrado no le facilita el recurso a creencias infundadas pero tampoco le impide mirar con recelo el papel de la cultura en el progreso de la humanidad. Cuando en 1749 la Academia de Dijon propone co-

mo tema para su premio anual «*Si el restablecimiento de las ciencias y las artes ha contribuido a depurar las costumbres*», Rousseau escribe su «*Discurso sobre las ciencias y las artes*» que, además de alzarse con el premio, le proporciona el reconocimiento de sus contemporáneos. Un reconocimiento no, desde luego, como se demostrará más tarde, de las tesis defendidas, sino del talento y la originalidad de la defensa. Porque lo que el orador, con general sorpresa, propone es justamente lo contrario de lo que el movimiento ilustrado pretende: el progreso científico es más perjudicial que beneficioso para la sociedad. «*¡Qué humillantes son estas reflexiones para la Humanidad! ¡Cuán mortificado debe quedar nuestro orgullo! ¿Acaso la probidad sería hija de la ignorancia? ¿Serán incompatibles la ciencia y la virtud? (...) La astronomía ha nacido de la superstición; la elocuencia, de la ambición, del odio, de la adulación, de la mentira; la geometría, de la avaricia; la física, de una vana curiosidad; todas, incluso la moral, del orgullo humano. Las ciencias y las artes deben su nacimiento a nuestros vicios: tendríamos menos dudas acerca de sus ventajas si lo debieran a nuestras virtudes*».

Cinco años más tarde publica su «*Discurso sobre el origen y fundamentos de la desigualdad entre los hombres*» en el que abunda en la imposibilidad de conciliar la naturaleza y la cultura. En el estado de naturaleza primitivo el hombre era feliz en su bondad original, pero la vida en sociedad ha traído la desigualdad y con ella todo tipo de perversiones y vicios. La obra apela sin rodeos a las emociones del lector: «*El primero a quien, tras haber cercado un terreno, se le ocurrió decir «esto es mío» y encontró gentes lo bastante simples para creerle, fue el verdadero fundador de la sociedad civil. ¡Cuántos crímenes, guerras, asesinatos, cuántas miserias y horrores hubiera ahorrado al género humano el que, arrancando las estacas, o rellenando la zanja, hubiera gritado a sus semejantes!: ¡guardaos de escuchar a este impostor; estáis perdidos si olvidáis que los frutos son de todos y que la tierra no es de nadie! Pero parece bastante claro que, por entonces, las cosas habían llegado ya al punto de no poder durar como estaban*». Siempre concedió más valor a los argumentos apoyados en convicciones emocionales que a los sustentados en la experiencia y en la razón. De ahí su facilidad para atraer a sus lectores y no dejarlos indiferentes ante los problemas que a todos preocupan.

### Las mentiras de los filósofos

Sus diatribas contra la filosofía no son menos provocadoras e hirientes. En el cap. III de su Sentimiento Trágico, recoge Unamuno la siguiente cita: «Ya dijo Rousseau



Rousseau nunca deja indiferentes a sus lectores ante los problemas que a todos nos preocupan.

en su *Emilio*: «*Aunque estuvieran los filósofos en disposición de descubrir la verdad, ¿quién de entre ellos se interesaría en ella? Sabe cada uno que su sistema no está mejor fundado que los otros, pero lo sostiene porque es suyo. No hay uno solo que, en llegando a conocer lo verdadero y lo falso, no prefiera la mentira que ha hallado a la verdad descubierta por otro. ¿Dónde está el filósofo que no engañase de buen grado, por su gloria, al género humano? ¿Dónde el que en secreto de su corazón se proponga otro objeto que distinguirse? Con tal de elevarse por encima del vulgo, con tal de borrar el brillo de sus concurrentes, ¿qué más pide? Lo esencial es pensar de otro modo que los demás. Entre los creyentes es ateo; entre los ateos sería creyente*». Y comenta a continuación: «*¡Cuánta verdad hay en el fondo de estas tristes confesiones de aquel hombre de sinceridad dolorosa!*» Un comentario lúcido que se podría hacer extensivo a las aportaciones más originales de nuestro autor porque aunque pudiera decirse que contienen propuestas a veces poco o nada recomendables, sin embargo ¡cuánta verdad encierran casi todas! y sobre todo, ¡con qué dolorosa sinceridad se nos presentan! Es la sinceridad que se recomienda en la educación del Emilio, sin atender al precio: «*Que os amen, que os aborrezcan, que lean o desprecien vuestros escritos, nada importa*».

Las descalificaciones de los filósofos son constantes a lo largo y ancho de sus obras. En la misma elegida por

Unamuno y unas páginas antes, se despacha en estos términos: «Consulté a los filósofos, examiné sus libros, estudié sus distintas opiniones, y los encontré arrogantes, afirmativos y dogmáticos hasta en su pretendido escepticismo; no ignoraban nada, no probaban nada, y se burlaban unos de otros; este punto común de todos me pareció el único en que tuviesen razón. Triunfantes cuando atacan, son débiles cuando se defienden. Si pesáis las razones sólo para destruir, la tienen; si contáis los votos, cada uno está reducido al suyo; sólo en discutir están de acuerdo, y escucharlos era el modo de salir de mi incertidumbre.

## La verdadera religión natural

Pero si el rechazo de la ciencia y la filosofía lo alejaban de los ilustrados, mucho más lo distanciaba su aprecio por la religión. Frente a la indiferencia o animadversión de aquéllos, Rousseau profesó siempre un profundo sentimiento religioso. La existencia de un Supremo Ordenador Providente del universo era para él una certeza absoluta. «Yo no puedo concebir un sistema de seres tan constantemente ordenados sin concebir una inteligencia que los ordene. Me es imposible creer que la materia pasiva y muerta haya podido producir seres vivientes y sensitivos, que una fatalidad ciega haya podido producir seres inteligentes, y que lo que no piensa haya podido producir seres que piensen».

Son innumerables los textos en que defiende apasionadamente la existencia de Dios, que ha diseñado un universo maravillosamente ordenado y que tiene preparadas las recompensas en una vida futura para todos los que han seguido en ésta los preceptos universales de la ley natural: «Si el alma es inmaterial, puede sobrevivir al cuerpo, si le sobrevive, la Providencia está justificada. Aunque no tuviese otra prueba de la inmaterialidad del alma que el triunfo del malo y la opresión del justo en este mundo, esto sólo me libraría de toda duda». Los razonamientos que expone su vicario saboyano en este punto apenas se distinguen de los que dejaron consignados S. Agustín o S. Anselmo. La ley natural no necesita ser estudiada: está impresa en la conciencia de todos, salvo que estemos corrompidos por la educación recibida en la sociedad.

Y esta desviación transgresora de la naturaleza es precisamente la causante de todos los males del mundo de los que Dios es absolutamente inocente: «Hombre, no busques el autor del mal, puesto que ese autor eres tú mismo. No hay otro mal que el que tú haces o padeces, y tanto el uno como el otro vienen de ti. (...) Quitad nuestros fatales progresos, nuestros errores y nuestros vicios, apartad la obra del hombre, y todo está bien».

La razón basta, pues, para llevarnos al conocimiento de Dios y de las leyes que ha impuesto a la naturaleza. Todo lo que se pretenda añadir es falsedad o engaño: «Por la razón sola adquirimos las más altas ideas de la Divinidad. Observad el espectáculo de la naturaleza, escuchad la voz interior. ¿No lo ha dicho Dios todo a nuestros ojos, a nuestra conciencia, a nuestro juicio? ¿Qué más nos han de decir los hombres?»

## La impostura de las religiones reveladas

Cuando nos adentramos en la lectura del Emilio, encontramos esta reserva del autor: «En vez de expresaros lo que pienso, os diré lo que pensaba uno que valía más que yo. Respondo de la veracidad de los hechos que voy a referir, y que le ocurrieron al autor del escrito que transcribo aquí. Os toca a vosotros ver si se pueden sacar reflexiones acerca de la materia de que estamos tratando. No os propongo como regla el dictamen de otro ni el mío, sino que os lo presento para que le examinéis.» Pero tras la pretensión de imparcialidad quedan muy claras sus convicciones y las demoledoras refutaciones de las contrarias. Y aquí comienza su crítica a todas las religiones existentes y pretendidamente reveladas: «Se me ha dicho que hacía falta una revelación para enseñar a los hombres el modo como Dios quería ser servido, y para probarlo consignaban la diversidad de cultos extravagantes que han instituido y no ven que esta misma diversidad proviene de la manía de las revelaciones. Desde que los pueblos quisieron que Dios hablase, cada uno le hizo hablar a su manera, y le hizo decir lo que él quiso. Si no hubiesen escuchado más que lo que Dios le dijo al corazón del hombre, sólo habría una religión en la tierra».

Muchas páginas se dedican a exponer con detalle y objetividad las razones aportadas por los diferentes credos religiosos para, a continuación, proceder a demostrar su inconsistencia y falsedad. Merecen destacarse por su ingenio los diálogos imaginados primero con un pretendido «apóstol de la verdad» y más tarde con otro supuesto mediador «inspirado». En ambos casos la pretensión de que Dios utiliza siempre mediadores humanos para transmitir sus mensajes a otros hombres queda desacreditada hasta el ridículo. «¡Siempre testimonios humanos! ¡Siempre hombres que me cuentan lo que han contado otros hombres! ¡Cuántos hombres entre Dios y yo!»

Al misionero que lleva su mensaje a «pueblos remotos» podrían éstos responderle con toda razón: «Me anunciáis un Dios nacido y muerto hace dos mil años, al otro extremo del mundo, en no sé qué pueblecito, y me decís que se condenarán todos los que no crean en este misterio. Son cosas muy extrañas para ser creídas (...)

¿Por qué ha hecho vuestro Dios que sucedieran allá, tan lejos, todos estos acontecimientos? ¿Yo puedo adivinar que existe en otro hemisferio un pueblo hebreo y una ciudad de Jerusalén? Eso sería equivalente a que me obligaran a saber lo que pasa en la luna».

Y al propio autor de la narración le asaltan dudas de imposible solución: «En esa misma ciudad donde murió Dios, ni los antiguos ni los nuevos moradores le han reconocido. ¿Y queréis que le reconozca yo, que he nacido dos mil años después y a dos mil leguas de distancia? ¿No veis que antes de dar crédito a ese libro que llamáis sagrado, y del cual nada comprendo, debo saber por otros, no por vos, cuándo y por quién fue compuesto, cómo se han conservado, cómo han llegado a vosotros, las razones que alegan los que en su país lo repudian, aunque sepan tan bien como vos todo lo que me enseñáis?»

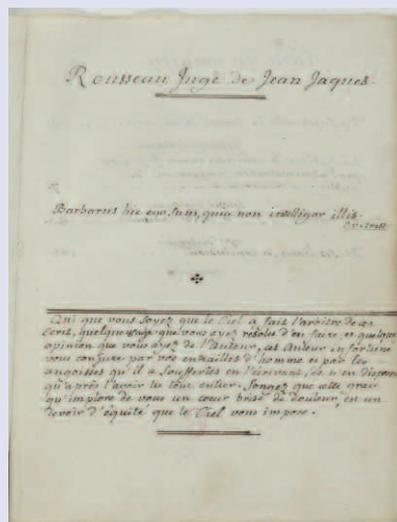
Como era de esperar, la publicación de estas ideas le obligó a abandonar Francia ante la amenaza de ingreso en prisión.

### «La obediencia a la ley es la libertad»

El mismo año de la publicación de *El Emílio* (1762) sale también de la imprenta la que será su obra más elaborada e influyente, *El Contrato social*. En el cap. VI del Libro I, nos aclara cuál es el problema fundamental que con él se propone resolver: «Cómo encontrar una forma de asociación que defienda y proteja, con la fuerza común, la persona y los bienes de cada asociado, y por la cual cada uno, uniéndose a todos, no obedezca más que a sí mismo y permanezca, por tanto, tan libre como antes». Se trata, pues, de salvaguardar la vida y las propiedades personales sin menoscabo de la libertad que es considerada el mayor bien del individuo ya que «renunciar a su libertad es renunciar a su condición de hombre».

Con la aparición de la propiedad privada, surge la desigualdad y por tanto, la envidia, la amenaza y el riesgo de perder las pertenencias y aun la propia vida. El estado natural se hizo insostenible y no quedó otra salida que el pacto social de mutua defensa y colaboración. Un pacto cuyas cláusulas «aunque no hayan sido jamás formalmente enunciadas, resultan en todas partes las mismas» y en realidad «se reducen a una sola, a saber: la alienación total de cada asociado con sus innegables derechos a toda la comunidad».

Pero ¿son compatibles la libertad y la justicia? ¿Puede el hombre ser libre en el seno de una sociedad igualitaria? Porque el estado primitivo de naturaleza es ya absolutamente irreparable; en realidad, acaso no ha existido ni existirá nunca, como terminará reconociendo el autor, aunque haya sido un recurso muy fecundo en la clari-



ficación de las sociedades y sus leyes. «Trataré en este estudio –dice al comienzo- de mantener en armonía constante lo que el derecho permite con lo que el interés prescribe, a fin de que la justicia y la libertad no resulten divorciadas». Siempre la libertad como supremo valor del ser humano.

En el pacto se deben establecer los principios o reglas de comportamiento a las que todos han de someterse: el sujeto y los límites de la soberanía, la condición de legislador y el alcance de las leyes, la designación de los gobernantes, el papel de las instituciones y otros mil problemas que van surgiendo a medida que el cuerpo social aumenta en número y sus relaciones se hacen más complejas. Pero si los principios más generales se formulan con cierta claridad, a la hora de aplicarlos a las situaciones reales en que van a encontrarse los asociados aparecen las dificultades y contradicciones. La esencia del pacto estriba en que «cada cual pone en común su persona y su poder bajo la suprema dirección de la voluntad general, y cada miembro es considerado como parte indivisible del todo». La voluntad general juega entonces un papel decisivo porque en su ejercicio reside la soberanía que es, a su vez, inalienable e indivisible. Pero no se identifica con la voluntad de todos ni, menos aún, con la de la mayoría, por lo que no resulta fácil de comprender.

Lo que sí resulta claro es que Rousseau se sitúa en la línea iusnaturalista y contractualista (Grocio, Pufendorf, Hobbes, Locke...) y contribuye a demoler uno de los principios considerados inamovibles en la tradición medieval y absolutista: el poder no les viene a los gobernantes (reyes, príncipes...) del cielo, sino del pueblo que, por lo tanto puede también destituirlos si no cumplen sus funciones. Tantas críticas a las autoridades establecidas explican en gran medida la precariedad económica en que vivió especialmente en sus últimos años. Como dejó escrito: «La verdad no lleva a la fortuna».